

Formas de la escritura

La trilizura de César Vallejo (II)

En la lírica hispanoamericana contemporánea hay tres nombres capitales que son Vicente Huidobro, César Vallejo y Pablo Neruda, por la importancia y el valor intrínseco de sus respectivas obras y por su gravitación decisoria en la transformación de la poesía en lengua española en el presente siglo.

Sin negar la importancia ni los aportes de la "generación del 27" española, que fueron igualmente configuradores, es evidente que los nombrados están en la actualidad lírica aunque en grados, formas y maneras muy diversas que a veces son de muy difícil determinación. (Es obvio que no estamos considerando el aporte e influencia de otros grandes líricos ajenos a nuestra lengua).

De modo muy general diría que la presencia de esos maestros es reconocible entre otras cosas en un rasgo. En el hecho que el ejercicio de la función poética del lenguaje (una combinatoria peculiar) es equivalente al ejercicio de la función emotiva (expresión directa de la actitud del hablante lírico ante aquello de que habla). Pero es tema del que nos ocuparemos en otra ocasión.

En la nota anterior con el vocablo trilizura habíamos caracterizado aspectos de la forma de la escritura de C.V. y designado ese extraño y conmovedor encuentro de tristeza y dulzura que se da en su poesía y que legitima hasta la más insólita novedad. Es el encuentro o mezcla de una tristeza que suele ser hondo y desgarrador patetismo, y de una dulzura que es una especie de gracia, una ternura comunicante. Una dulzura que surge otras veces de su orfandad, ante el dolor, que es tan grande, tan universal, tan humana y dignamente aceptada, que vuelve comunicante la materia verbal alucinada de muchas de sus composiciones.

La trilizura de C.V. también es, para nosotros, la inocente y diestra capacidad expresiva de determinado modo de sentir. En ese modo de sentir hay una imagen de hombre y de mundo que corresponde a la de la crisis de la contemporaneidad.

Esa capacidad expresiva para la que nos permitimos la creación de un vocablo, surge además de un conjunto de recursos formales. Esos recursos o procedimientos no desnaturalizan ni atemperan la connotación lírica, la vivencia que se expresa y confiesa. Por el contrario diría que la posibilitan plenamente dándole estatuto artístico-literario.

Si tomamos algunos de sus versos más famosos se advertirá de inmediato. Por ejemplo los de la estrofa inicial de la



poesía VI de "Trilce". Aclaremos que la composición pertenece al conjunto de las relativas al mundo de la infancia o del mundo en el que la materna fue la figura central. Es el conjunto de poesías dentro del libro, en las que el discurso poético está más conservado. Los versos dicen:

"El traje que vestí mañana/ no lo ha lavado mi lavandera;/ lo lavaba en sus venas otilinas,/ en el chorro de su corazón, y hoy no he/ de preguntarme si yo dejaba/ el traje turbio de injusticia."

Con esta estrofa la poesía inicia la expresión del dolor por la ausencia de la madre, de la nostalgia del amor materno. Es frecuente que C.V. encare en "Trilce" el tema de esta ausencia en la adultez que es sentida como un destierro. Por ello la evoca en el hacer doméstico del lavar y del planchar, estrofas más adelante. Porque "mi aquella/ lavandera del alma" podría hoy "azular y planchar todos los caos". Resulta evi-

dente en ese deseo purificador, liberador del caos, que el presente se opone al pasado que se asocia al ámbito familiar y tutelar, al Santiago de Chuco natal (cosas a través de las cuales se expresa en parte lo atávico y lo americano).

Por lo dicho el tiempo, el devenir, se vuelve angustiante y desesperante porque arroja del orden amoroso y tutelar al caos de la adultez que es un mundo insolidario, no fraterno. Tal vivencia determina la abolición de las categorías temporales convencionales, incluso la sucesión. Por eso "El traje que vestí mañana", una desesperada confluencia de pasado, presente y futuro. El pasado del pretérito indefinido "vestí" se suma al presente gestado por la enunciación del propio verso, y se suma o mezcla al futuro que está implícito en el adverbio de tiempo que nombra al día que vendrá. Esta profunda alogicidad de la vivencia se logra recrear me-

dante el uso metafórico del verbo. Se trata de una enálage. Como toda figura poética la enálage supone un cambio semántico, una variante sustitutiva del significado natural. "Vestí mañana" es enálage de la angustiada certeza que tiene el yo lírico que mañana se pondrá un traje que al igual que hoy "no lo ha lavado mi lavandera". Pero si la amorosa lavandera que es la madre evocada en el citado menester ya no lo lavará, quiere decir que también se expresa la angustia por un pasado irrecuperable, por un hecho irreversible. Tal lo que consagra el pretérito imperfecto "lavaba".

El juego de los tiempos verbales y sus variantes es una forma de la escritura que logra expresar esta vivencia compulsiva del tiempo y la ausencia del ser querido. Pero además logra expresar por vía de la sugerencia una rutina que no distingue pasado ni futuro porque el sustantivo traje está cargado de asociaciones laborales, urbanas, convencionales. Es la ropa del oficio de vivir que la madre limpiaba renovadora, revitalizadora.

Dice que ese traje sucio que no lo ha lavado, "lo lavaba en sus venas otilinas, en el chorro de su corazón"... Al margen del políptoton (repetición de un verbo en distintos tiempos), importa descubrir el valor de las metáforas: las venas otilinas y el chorro del corazón. Son metáforas del amor, del grado de la entrega y del sacrificio al lavar el traje del oficio civil. Pero al tiempo que los sustantivos chorro y venas asocian lo sacrificial, la sangre ofreciéndose, también sugieren el entusiasmo, el fervor y el compromiso vital con el hijo. Además nos encontramos con la expresión "venas otilinas", en la que el vocablo neológico, inventado, asocia inmediatamente con cristalinas, opalinas, etc. De modo que la adjetivación es neológica y metafórica. Se trata de una catacresis; expresa la noble y pura fidelidad de la tarea materna. Es el mismo recurso formal que el empleado para calificar su ropa, dice "el traje turbio". En este caso la adjetivación metafórica expresa la duda íntima acerca de aquella suciedad y su origen, acerca de si el traje "turbio de injusticia" quedaba en tal estado por el contacto con el mundo o por los errores del yo.

Sea como fuere, dijimos en la nota anterior que de acuerdo a la postura de C.V. aparecía en su obra una crisis de absoluto. Hoy afirmamos que para este poeta la vida, la existencia misma es una crisis de absoluto y que su poesía es el intento de su registro artístico.

Por lo mismo es que en "Trilce" asoma con frecuencia el tema de la cárcel, de la miseria, del sexo, de la muerte. Vivencias que fueron extremas en él. Porque su lírica es testimonio —quizá sin proponérselo— de un mundo en el que cupo y cabe "esta mayoría inválida de hombre".

Ricardo Pallares

Cualquiercosario

Sobre fotos y tumbas

La Lista de sublimes estupideces que este siglo XX le regaló a la Humanidad es infinita y podríamos ejemplificarla así: —la inencontrable picadora exclusiva de tomillo y orégano: el sudor emulsionado con Chanel y Joy de los "rockeros"; los "best-sellers" que hasta la propia "gente" los leyó con fruición de masoquistas; los pintores manieristas de living y antecorredores de consultorios de odontólogos; los inodoros decorados con orquídeas de plástico; las máquinas elaboradoras de cualquier objeto para usar en cualquier ocasión y los etc. ¡Oh! los etcéteras.

Hoy me propongo distinguir entre todas esas estupideces aquella que quizás sea una de las más infames porque surgió y perdura disfrazada de inocente, aquella que apareció en el mercado consumidor hace muchos años (bajo la forma de "cajoncito"), con un nombre onomatopéyico y bisilábico que imita el sonido de su disparador automático y reconocemos vulgarmente como "máquina fotográfica instantánea"

¿Quién pudo imaginarse lo que

guardaba esa moderna Caja de Pandora?

¿Quién pudo protestar por las revoluciones que produjo a niveles de masas (abaratando los costos del recuerdo), culcísimos recuerdos que la sabia naturaleza ofrecía al olvido una vez que documentó el placer del instante? En efecto, esos crueles cartoncitos que nos regala el aparato fotográfico instantáneo al principio nos entusiasman con la novedad de la memoria inmediata, pero, con el paso del tiempo nos produce angustia, terror y documentan la feroz zona oscura de la Muerte. Como los escorpiones: —"In cauda veneno"—

El manido individualismo de la sociedad renacentista, en teoría aportó el "retratismo" a la Pintura para hacer el monumento del instante. Desde los italianos a los holandeses pasando por los pintores españoles, personajes ilustres (y otros no tanto), posaron casi siempre de acuerdo a su caudal económico y hoy día, sus herederos "municipales y espesos" nos esperan en cualquier buhardilla donde un Album de fotografías se desmaya en la danza macabra de todo lo que fue. ¿Qué distinto a la figura huma-

na de los Marte y las Venus, de las Vírgenes y los Santos, todos seres figurados más allá del deleznable minuto! Cuando un espectador veía o ve el estupendo cuadro de Boticelli: "Venus surgiendo de las aguas", a nadie se le ocurría pensar: —Y ahora ¿qué hará llegando a la playa? ¿Se secará el pelo y comerá un "pancho"? Para este "retrato" la vida cotidiana que conduce al desgaste de la muerte en el retratado y en el observador, tenía el gesto inamovible de lo eterno. De la misma manera, frente a un cuadro de altar de la Virgen, no se producía en el fiel las angustias del cambio, pues nadie piensa: —Después de la pose, la Virgen ¿pondrá en su cunita al Niño Jesús? Un tiempo sin tiempo sacralizaba el Arte, porque esos "retratos" giraban sobre personajes que "ya" disfrutaban de lo perenne y sustancioso.

Este maravilloso invento, la Fotografía, culminó algunos ideales de la sociedad burguesa con sus Revoluciones Industriales, al destacar la "temporalidad" como protagonista del mundo, que todo lo devora a través de su metáfora más brillante: —el dinero—. En efecto, el billete es un "sustituto" de papel que abre las puertas de algo "sustituido": —la casa propia, los viajes turísticos, la salud en perfectos Sana-

torios, la pinacoteca personal, las joyas, etc.—. El Tiempo y todos sus derivados (incluidos los que tienen duración prevista y limitada como el ladrillo y la ropa a la moda) encontró en la fotografía instantánea y a niveles de masa, la ilusión de ser vencido por una máquina perfecta; pero, en lo profundo es la ironía de su triunfo lo que queda.

Con cierta dosis mínima de exageración podríamos concluir que toda fotografía instantánea testimonia una muerte aunque el fotografiado esté vivo. Decimos "muerte" porque el tiempo de la imagen se detuvo en el instante de la pose y aquel niño que fuimos (y hoy día reconocemos con dificultad en el viejo Album familiar) ya pertenece a un tiempo que no existe. Recuperarlo, recordarlo, debe ser arrojado con furia de nuestra conciencia para poder seguir viviendo sanamente. Después debemos ir a comprar aquel "pancho" que la pobre Venus no se comió cuando pisaba las hermosas arenas de la isla de Chipre.

Jorge Medina Vidal